

## ESTIMA, RESPETO Y PRESTIGIO EN LA EDUCACION

DR. A. GARMENDIA DE OTAOLA, S. J.

La estructura de la personalidad es estudiada con verdadero interés por los educadores, ya que su tarea es «educar» al hombre, es decir, «integrar» y « plasmar » su persona.

Estudio importante a este efecto es conocer la tectónica de la persona en sus líneas generales y en sus funciones sepeccíficas. Para realizarlo con mayor eficacia y exactitud se han ideado diversos paradigmas, que, en su forma más generalizada, comprenden estos temas sucesivamente: fondo endotímico, sector externo de la vivencia, estructura superior de la personalidad, tectónica de la personalidad y problemática del inconsciente.

Al hablar de la estima y del respeto y de sus epígonos el desprecio y la burla, nos hemos colocado en la zona del fondo endotímico, que estudia las vivencias pulsionales (instintos y tendencias), las vivencias emocionales y los estados de ánimo persistentes del fondo endotímico.

Las vivencias pulsionales y las emociones están relacionadas entre sí, aunque su papel en la vida anímica es distinto, lo mismo que su fenomenología. Las emociones se clasifican en: emociones de la vitalidad, vivencias emocionales del «yo» individual, emociones transativas, cordialidad y conciencia, sentimientos del destino. Todos estos sentimientos pueden combinarse y tienen diferencias individuales muy concretas y marcadas.

Las vivencias transativas pueden reducirse a estos acápites:

— *Emociones dirigidas hacia el prójimo:* a) emociones de convivencia, «ser-con-otro», simpatía y antipatía, estimación y desprecio, respeto (veneración) y burla; b) emociones del «ser-para-otro».

— *Emociones de las tendencias creadora y cognoscitiva*: la alegría del crear y los sentimientos noéticos.

— *Vivencias emocionales de las tendencias amorosas y morales*: el amor extrahumano a las cosas, los sentimientos normativos.

— *Vivencias emocionales de las tendencias transcendentales*: sentimientos artístico, metafísico y religioso.

No todos los psicólogos siguen este paradigma de Lersch<sup>1</sup>. Así, por ejemplo, Fröbes, en su *Tratado de Psicología experimental*, sin descender a tantos elementos particulares, aunque profundizando más en su doctrina, estudia las emociones generales y las clases particulares de los sentimientos complejos superiores (emociones), que son alegría y tristeza, miedo, ira, simpatía, sentimiento de sí mismo, sentimientos formales o intelectuales, sentimientos morales y religiosos. Para este autor la simpatía tiene distinto sentido que para nosotros. Nosotros la tomamos como «movimiento de acercamiento o de aversión»; Fröbes, como «sentimiento por el sentimiento de otro»; siguiendo a Gröthuyzen en *Das Mitgefühl*, a P. Stern, A. Pradelt y Geiger en sus trabajos sobre la compasión (*Ein-fühlung*). La palabra «simpatía» se usa también, en su sentido más general, para indicar todo sentimiento igual que resulta o nace de nosotros por imitación. Max Scheler, en su excelente obra *Esencia y formas de la simpatía*, trata sucesivamente de la simpatía, el amor y el odio, del «yo» ajeno. En el primer apartado expone «las leyes de fundamentación de la simpatía» así:

a) la unificación afectiva es fundamento del sentir lo mismo que otro;

b) el sentir lo mismo que otro es fundamento de la simpatía;

c) la simpatía es fundamento del amor al hombre (humanitas);

d) el amor al hombre es fundamento del amor acosmístico a la persona y a Dios<sup>2</sup>.

\* \* \*

<sup>1</sup> *La estructura de la personalidad* (Barcelona, 1962). Habla de la simpatía en diversas partes: las emociones de la «con-vivencia»: la simpatía y la antipatía. Las emociones del «ser-para-otro»: diferencia radical entre simpatía (com-pasión) y con-tacto. Recordemos la expresión de Scheler: «Puedo sentir como tú, pero no experimento simpatía ni comprensión alguna hacia ti.»

<sup>2</sup> GRÖTHUYSEN escribió en *Zeitschrift für Psychologie*, 34, págs. 161 y sigs. R. RUIZ AMADO, en *Educación moral*, habla de la simpatía como estímulo del corazón, como amor: «Amor es la simpatía que nos acerca a nuestros prójimos...»; cap. II, art. 3, § VI, donde expone la manera de educarla. HERBART, en *Pedagogía general* (lib. 2.º, «Multiplicidad del

Después de colocarnos científicamente, pasemos al tema. Para comprender mejor la naturaleza de la estima y del respeto es preciso decir unas palabras propedeúticas sobre la simpatía, como base que es (con la antipatía) de toda convivencia. En efecto, la convivencia se edifica, en esencia, sobre las emociones de simpatía y antipatía, o sea, que éstas se hallan estrechamente ligadas con la temática del «ser-con-otro»: el «otro» es buscado como polo en el que el «yo» propio encuentra su resonancia, su sintonía, y para la cual, a su vez, uno mismo sirve de eco. El individuo reacciona por un lado con sentimientos de simpatía hacia el prójimo, que es aceptado como pareja, compañero, si no como amigo. Por otro lado, con el sentimiento de la antipatía, el prójimo es rechazado, alejado; si no es enemigo, tampoco es amigo. Afirmamos categóricamente que podemos o no podemos soportar a otro. O, viceversa, con frase latina conocida: «*Similis similem quærit*», que en castellano castizo se traduce en el manido: «Cada oveja con su pareja». Aquí aparecen las cualidades objetiva y endotímica de la simpatía y de la antipatía. El gesto mocional es en una el de la aproximación, la sonrisa, el abrazo, el procurar estar juntos. En la otra, el del apartamiento, rechazo, disgusto, frialdad, enemistad más o menos franca.

Desde el punto de vista evolutivo, la simpatía y la antipatía son sentimientos primitivos del «ser-con-otro», y constituyen en general la condición emocional previa para la convivencia humana. En el niño existen estas reacciones todavía primigenias y febles, que se robustecerán al correr de los días.

No podemos pasar adelante sin citar el papel preponderante del binomio simpatía-antipatía (bajo diversas formas) en la *Sociometría* o técnica de los grupos, en especial de J. L. Moreno, y en los métodos «sociométricos» que utiliza, nominalmente, en el *test sociométrico*, en el *socio-drama* y en el *psico-drama*. Puede consultarse con provecho su obra *Sociometría y Psicodrama* (Buenos Aires, 1954).

#### LA ESTIMA DEL PRÓJIMO.

Estimar, etimológicamente, procede de *aestimare*: estimar, evaluar, apreciar, reconocer el mérito, juzgar; ideológicamente,

---

interés)), considera la simpatía como elemento para hacer más interesante la instrucción. Cfr. E. DE GREEFF: *Les instincts de défense et de sympathie* (París, P. U. F.), como para Ruiz Amado: simpatía es amor.

en el lenguaje vulgar, estima es igual que consideración y aprecio que se hace de una persona o cosa.

La estima (y la desestima), el aprecio (y el desprecio), aparecen en el niño en una fase posterior del desarrollo, pues presuponen, por definición y uso corriente, un juicio. He aquí la diferencia entre simpatía y estima. Cuando, merced a la simpatía, el prójimo es aceptado como convive, como compañero, los motivos para ello no son visibles; en última instancia, nunca podemos precisar por qué una persona nos es simpática. Y en realidad la simpatía no se cuida de escudriñar sus fundamentos y motivos. No ocurre lo mismo en la estima.

En la estima, el «otro» es aceptado como digno de figurar en el escenario de nuestra vida, como camarada de igual valor. Esta cualidad objetiva de la estima se puede fundamentar concretamente y cimentar en una cualidad esencial de la estima. Ello tiene efecto considerando la jerarquía de valores objetivos generales: estimamos a una persona por una determinada cualidad o como ser humano en general. Es a la dignidad del hombre, a la humanidad, a la que se refiere la estima y lo que constituye su base objetiva. Y esta dignidad es considerada como un concepto general. La estima va de lo general a lo individual, que puede ser objetivado conceptualmente.

Esta afirmación la encontramos, por ejemplo, en los *Fundamentos de la metafísica de las costumbres*, de Kant, cuando dice: «Toda estima por una persona va dirigida realmente sólo hacia las reglas (de la rectitud, etc.) de la que aquélla es un ejemplo. Porque también consideramos un deber el desarrollo de nuestras aptitudes, representamos en una persona el ejemplo de la regla (llega a ser semejante a ella mediante el ejercicio), y esto produce nuestra estima.» Reconoce, pues, la estima, como el único «sentimiento objetivo», y la separa rigurosamente de las valoraciones fundadas en la inclinación y en la simpatía.

En la estima aparece el prójimo proyectado sobre el fondo de una ordenación objetiva de valores generales del ser humano para el que constituye un ejemplo. La estima tiene, a diferencia de la simpatía, un carácter de objetivación y generalización, y lo común a estos sentimientos consiste en que en ellos siempre figura el prójimo como tal, siendo estas emociones, inequívocamente, de la convivencia.

También se diferencian la simpatía y la estima por la cualidad endotímica y en la forma mocional. Corresponde esencialmente a la cualidad endotímica de la estima que en su relación vibre un

estado de ánimo permanente positivo y actual del tipo de la autovaloración. Cuando se estima a «otro» sólo se puede hacerlo en tanto estamos penetrados de un sentimiento de nuestro propio valor. En el sentimiento de estima confluyen el valor propio y el valor del «otro». Por lo que toca a la diferencia de la configuración mocional entre la simpatía, por un lado, y la estima, por otro, en la simpatía existe, como ya dijimos, la conducta virtual del acercamiento. En cambio, en la estima nos quedamos siempre donde estábamos, a una adecuada distancia del objeto de la emoción; la configuración mocional de la estima es un gesto virtual por medio del cual colocamos al «otro» en el puesto que le corresponde en la escala de la dignidad humana general.

La diferencia entre las valoraciones de la simpatía y de la estima tienen también importancia desde el punto de vista caracterológico. Existen hombres en los que es característica su actitud positiva hacia los valores de sus semejantes, que toma únicamente la forma concreta y distanciadora de la estima. En la relación con los otros muestran siempre el aristocrático *pathos* de la distancia y actúan de un modo reservado, frío y objetivamente correcto. La actitud hacia el prójimo en ciertos tipos esquizotímicos se halla penetrada por este particular hábito frío objetivo.

Existen rasgos caracterológicos que excluyen la estima. Así, por ejemplo, quien siente el aguijón de la autosuficiencia, de la notoriedad insatisfecha. No es capaz de una verdadera estima el que aspira solamente a ser admirado por los demás y, por decirlo así, no tiene tiempo para percatarse de los ajenos valores, siempre ante el espejo de su enfatuado narcisismo. Se sirve del gesto del desprecio, de la burla, del sarcasmo, de la ironía, para realzar su propia autovaloración y encubrir la ajena. Gesto que, en definitiva, no es sino debilidad, que oculta rabia y desdén. Es una cobardía.

Los ciclotímicos de Kretschmer son expresivos, sociales, abiertos a todo y a todos. A veces, ponderativos, siempre generosos con el prójimo.

Entre los rasgos caracterológicos de la estima, debemos citar, con Lersch, la caballeridad, «aquella actitud frente a los demás merced a la cual estimamos su dignidad por medio de nuestro comportamiento, e incluso hallando al "otro" en posición del más débil (mujer o enemigo vencido), no le exigimos nada que sea compatible con ella.»

«¿Cómo haremos que nuestros prójimos, y concretamente nues-

tros alumnos, sientan la vida intelectual y espiritual, la gusten internamente, la justiprecien y la vivan?», se pregunta la legislación docente de la Compañía de Jesús. La respuesta abarca una serie de medios, de los cuales el primero, y como base, es la estima. Pide que los educadores se hagan estimar lealmente por los alumnos. No se trata sólo de ser temido, obedecido, respetado, ni aun de ser mirado como maestro competente y educador sagaz, sino también de seducir los ánimos con la aureola de un valor profesional y humano eminente. «La autoridad a que el profesor tiene derecho en virtud de su título no basta—dice el insigne pedagogo Juvencio y con él F. Charmot—. Hay que añadir la que adquiere por su personalidad. Tendrá autoridad si los alumnos tienen en mucho su valor (*si operam det ut magni a discipulis fiat*), si tiene mucho crédito, así en la piedad como en la conciencia.» Como se ve, la *Ratio docendi* quiere manos limpias; no se trata de engañar a los educandos, sino de merecer de veras su estima como técnico, como educador, como hombre.

¿Con qué condiciones gozaremos de este predicamento? Los que no gozan de él se hacen esta pregunta con angustia. Me tendría por dichoso si pudiera dar una respuesta adecuada. Juvencio nos dirá en pocas palabras lo esencial: «Hay que dominar la materia que se enseña; hay que ir siempre a clase después de una preparación y meditación del asunto que permita enseñarlo bien sin esfuerzo aparente; que todo lo que enseñemos a los alumnos esté a punto y preparado con esmero. Evitemos en absoluto ciertos defectos, como la mediocridad, las bromas fuera de propósito, el tono arrogante, la ligereza y toda otra inconveniencia que pueda dar pie a los alumnos para burlas.» La burla es signo evidente de no-estima, de desprecio, de irreverencia y falta de aprecio<sup>3</sup>.

En la Pedagogía española era doctrina tradicional, desde Luis Vives, que en *Las Disciplinas* exige del maestro-educador el respeto y la estima de sus educados. Dice: «Posean los maestros no sólo la debida competencia para instruir, sino que tengan la facultad y destreza conveniente y brillen por la pureza de sus costumbres. No será simplemente de costumbres probas, sino que, además, será prudente. Tenga el ingenio apropiado al arte que profesa y el linaje de oyentes que recibió para su instrucción, a fin de que cuanto mejor él la enseña, con tanto mayor aprovechamiento la reciban los alumnos.» «...Y más provecho harían

---

<sup>3</sup> J. JOUVANCY (1643-1719): *Christianis magistris, de Ratione discendi et docendi...* (Florenia, 1703).

en sus discípulos con la confianza y el respeto que les inspiraría que con las amenazas y golpes. Espuela muy viva para el estudio y grave motivo de obediencia a los preceptores serán la admiración que inspiran su talento y sus costumbres»<sup>4</sup>. Os invito a leer en cualquier ocasión los brillantes capítulos que Vicente Espinel dedica en su *Vida de Marcos de Obregón* a ponderar las cualidades del gran educador<sup>5</sup>. Estos, como otros autores españoles, repiten la idea de que «se es maestro en la medida en que se es ejemplar. No hay maestro sin ejemplaridad».

## EL RESPETO.

En un largo artículo publicado en la REVISTA ESPAÑOLA DE PEDAGOGÍA expuse mi pensar sobre la *Filosofía del respeto*<sup>6</sup>. Por ello, aquí solamente haré unas breves reflexiones.

Respeto, etimológicamente, viene de *respectus*: consideración, miramiento; más propiamente, acción de mirar atrás (derivado de *respicere*. Ideológicamente, es justa apreciación de las excelencias morales de una persona y acatamiento que por tal causa se le hace; miramiento, consideración, causa o motivo particular. En el respeto siempre late un carácter objetivador, que es reconocimiento del valor de los demás. Se distingue de la estima porque contiene un «tener-en-más-a-otro», a los demás, lo cual es radicalmente subordinación del propio valer o de la propia dignidad de los otros. El ser respetado aparece como una fuente objetiva de valores, en cuya órbita se halla el que lo respeta y de la cual su horizonte de valores recibe enriquecimiento y apertura. En la estima las cosas pasan de otro modo: la relación de los niveles entre el que siente la emoción y su objeto no es un «hallarse-más-abajo-y-más-alto», sino que se trata de una nivelación. A la estima le falta el gesto de la mirada ascendiente. Respetamos siempre en otros un valor que nosotros no poseemos, pero que nos concede la gracia de hallarnos en relación de convivencia con aquel a quien respetamos. En cambio, sentimos estima por un valor que también nosotros podemos poseer. El gesto del respeto es el de inclinarse y el de elevar la mirada, con lo que se subraya expresamente la superioridad y preeminencia del respetado.

<sup>4</sup> F. CHARMOT: *La Pedagogía de los jesuitas; sus principios, su actualidad*, págs. 254 y sigs. (Madrid, 1952).

<sup>5</sup> Lib. 2.º, caps. I y II, págs. 552 y 556 (Edic. Aguilar, 1958).

<sup>6</sup> *Relación 1.ª, Descansos sexto y séptimo.*

## EL PRESTIGIO.

Prestigio, etimológicamente, es igual que ascendiente, influencia (desde 1843); antes (1651) significaba «fascinación o ilusión con que se impresiona a alguno», de donde parte su sentido actual. Ideológicamente, no es otro el sentido de la palabra. Prestigio es igual que fascinación causada por magia o sortilegio. Es engaño, ilusión o apariencia para embaucar a la gente. Y, finalmente, ascendiente, influencia. Prestigioso es lo mismo que prestidigitador, que tiene prestigio, influencia. Prestigiador es causa de prestigio, influencia, y persona que con habilidad y artificios engaña a la gente. Como veis, me encuentro en un intrincado laberinto si os quiero explicar exactamente lo que es prestigio. No me dará más claridad el «prestigioso» *Diccionario de Oxford*, que dice exactamente: «Prestigio es influencia, reputación, derivada de pasados hechos, asociaciones... En francés: ilusión, *glamour*. Del latín, *praestigium*. De *string* y *prae*: *prae-stringere*, será atar, vendar los ojos (a ciegas), deslumbrar, ofuscar.»

¿Qué diremos del prestigio? En primer lugar, que es una cualidad del mismo nivel de las anteriores, con especial referencia a lo social y cultural. Es, según Vierkandt, una de las causas de la conservación y transformación de la cultura en sus diversas facetas: rectora, inventora, creadora... Los individuos directores de la cultura están en estrecha compenetración con el grupo en que se desarrollan y viven, y poseen al mismo tiempo cierto adelanto. Poseen elevada independencia social, fuerzas de perseverancia para vencer y triunfar, gran confianza en sí mismos y extraordinario aguante contra las dificultades. Para la eficacia contribuye la posición social, el prestigio<sup>7</sup>.

Según Leopold, en el prestigio hay algo de elevado, que coloca al poseedor a cierta distancia inasequible. No coincide con la autoridad: ésta posee el especialista, el técnico, el maestro. Pero en este caso se tiene el sentimiento de que en circunstancias favorables se puede llegar a lo mismo, de que se la puede alcanzar con algún esfuerzo. Este fenómeno no existe tratándose del pres-

<sup>7</sup> «Die Gründe für die Erhaltung der Kultur», en *Philosophische Studien* (dirigida por Wundt), 20, págs. 407 y sigs., 1902; y «Die Stetigkeit im Kulturwandel», *Ibid*, 1903. Este tema de la simpatía-cultura es tenido muy en cuenta en los tratados de la historia de la cultura, de la civilización, del progreso, de la educación y similares.



tigio, que aparece como algo inaccesible. En el prestigio influye la sorpresa, la intensidad de las impresiones, el influjo de la pompa de los príncipes, la distancia. El prestigio del hombre que llega el primero al Polo Norte es incomparablemente mayor que el de aquel que casi llegó e hizo posible el llegar<sup>8</sup>. Hay a veces una fortuita reunión de circunstancias que contribuyen a que una persona inspire respeto y admiración, que, casi sin saberlo ni merecerlo, se ve coronada de esplendor multitudinario, callejero, vocinglero.

Dentro del orden moral, prestigio equivale a crédito. Este, de *credittum* (*credere*), es tener confianza, es decir, ser sujeto en quien se deposita confianza: que tiene derecho a recibir de otro alguna cosa, por lo común dinero, y también homenaje, respeto, estima, honor. Es opinión, reputación, fama, prestigio, hombría, etcétera, pues casi siempre se toma en el mejor sentido. Así decimos: sentar o tener sentado uno el crédito, significando afirmarse o establecerse en la buena fama y reputación del público por medio de sus virtudes, su ciencia, sus loables acciones. Este prestigio-crédito significa el reconocimiento de un doble valor de competencia y honradez en favor de la persona acreditada o desprestigiada como carente de una o de otra de estas dos cualidades. Toda la vida social está nutrida de juicios de valor personal que nos hacen fiarnos o no de los demás y ser nosotros para ellos o ellos para nosotros dignos o indignos de crédito.

También G. Lebon da al prestigio un valor social. En su *Psicología de las multitudes*, obra clásica sobre conducción de masas, expone los medios de persuasión que tienen sus conductores, y son: la *afirmación* neta, pura y simple, destacada de todo razonamiento y de toda prueba; la *repetición* constante de las mismas afirmaciones con los mismos términos, a modo de *slogam* o *consignas*. Napoleón decía que la única figura sería de la retórica es la repetición. El *contagio*, cuyo poderoso mecanismo pone en movimiento las ideas, los sentimientos, las emociones y las creencias de las multitudes. Las doctrinas propagadas por la afirmación, la repetición y el contagio acaban por adquirir ese poder misterioso que se llama prestigio.

El prestigio es en realidad una especie de fascinación que ejerce sobre el espíritu un individuo, una obra, una doctrina. Es el resorte más poderoso de todo dominio.

Hay dos formas capitales de prestigio muy conocidas: el prestigio adquirido y el prestigio personal. El primero es aquel que

<sup>8</sup> *Prestige. A Psychological study of social estimates* (1913),

confiere el nombre, la fortuna, la reputación. Puede ser independiente del prestigio personal. El prestigio adquirido o artificial es, con mucho, el más extendido. Por el mero hecho de que un individuo ocupe determinada posición, posea cierta fortuna o esté adornado de algunos títulos, ya está aureolado de prestigio, por nulo que sea su valor intrínseco y personal. Un militar de uniforme, un magistrado con toga, un monje con su cogulla..., tienen siempre prestigio.

El prestigio personal es independiente de todo título, de toda extrínseca autoridad. Las poquísimas personas que lo poseen ejercen una fascinación verdaderamente magnífica sobre los que los rodean, incluso sus iguales, y se los obedece como la fiera obedece al domador, a quien tan fácilmente podría devorar.

Los grandes conductores de hombres y de culturas poseyeron en alto grado esta forma de prestigio. Ejercían, sin duda, una fascinación o encantamiento sobre cuantos se les acercaban.

Frecuentemente, el prestigio de un hombre está enlazado con «su-saber-expresar» a través de su actitud y especialmente de su rostro, sentimientos de superioridad tales que, de un modo instintivo, provoquen en el espectador el respeto, el temor y la admiración. Es la «mirada fascinadora», la «mirada de acero» de los grandes conductores de masas, el ojo centelleante, de gran vitalidad, en constante estado de tensión, testimonio inequívoco de un vivir en la euforia de las emociones más nobles y actuantes. Estos hombres suelen tener ojos grandes, ampliamente abiertos, reveladores de que su alma se abre con avidez a todas las impresiones. Ojos de mirada firme y recta, fija, de obstinada atención. Ante la mirada impasible que nos observa, sospechamos que tal vez pueda calar en nuestra alma, adivinar nuestros recónditos pensamientos y domeñar nuestra voluntad: captarnos, conquistarnos. Una vez más, la grandeza del alma se refleja en el rostro, en el gesto, en la actitud. «En el paso... se conocía que era un dios», se afirma en la literatura antigua. En la *facies* se conoce al hombre grande; reconocimiento que engendra el prestigio.

No siempre aparece tan evidente el valor de una persona; también en el asténico puede aflorar. Mas, por lo general, es el asténico el que ofrece un sentimiento vigoroso del propio poder, compañero del sentimiento del propio valor, que sorprenden al prójimo agradablemente y producen automáticamente el prestigio. En Julio César, por ejemplo, encontramos la forma activa del sentimiento escénico del propio poder: por una parte, su es-

píritu emprendedor, su iniciativa, decisión y otras cualidades que siempre van aparejadas con una cierta audacia y riesgo; por otra, la fascinación de su persona, de su *facies* y apostura, de su modo gallardo de andar y de moverse; su prestigio, en suma, que rezumaba de toda su política personalidad para llegar a los demás, aunque no le conociesen ni le identificasen. Magnífico ejemplo y confirmación de esto leemos en Plutarco cuando nos habla del cautiverio de César al caer en manos de los piratas: «Cuando aquella gente exigió por él un rescate de veinte talentos, *se echó a reír sarcásticamente al considerar que no tenían la menor idea de quién era su prisionero*. Entonces envió a su escolta a las ciudades vecinas para procurarse el dinero, y quedó *solo entre aquellos forajidos*, sin más compañía que un amigo y dos esclavos. *A pesar de ello*, tratábales tan despectivamente que les ordenaba que guardasen silencio y que se mantuvieran tranquilos cuando tenía ganas de dormir. En los treinta y ocho días que permaneció cautivo  *fueron más bien sus pajes que sus guardianes*, y en plena despreocupación practicaba con ellos juegos y deportes. Si componía versos o redactaba algún discurso, se los leía, y *si no le demostraban la debida admiración, les llamaba en su cara ignorantes y bárbaros*, y a menudo les decía que, por más que pudieran reírse, les haría colgar algún día»<sup>9</sup>.

La forma activa del sentimiento asténico del propio poder no va acompañada necesariamente de aquella actitud con respecto al prójimo que el vulgo denomina con los nombres de «dureza del corazón», «frialidad» y «desconsideración». Lejos de ser agresivo, el hombre prestigioso es accesible, comunicativo, amigo, siempre y cuando se obedezca su palabra, su mera actitud, su pensamiento y voluntad. Este hombre mira con confianza a su derredor y a su contorno del momento, lo mismo que hacia el futuro; en sus ojos se reflejan, como en tersa superficie, el optimismo, la seguridad, y aun reclama con una cierta naturalidad el favor del destino para su propia persona y sus empresas. Recordemos la frase atribuida a César: «Estás conduciendo al César y a su buena fortuna.» Como epígono del Romano, recordemos la actitud de Napoleón después de la retirada rusa, del incendio de Moscú y la desesperada situación del emperador.

El hombre con sentimiento asténico del propio poder adquiere, por la confianza que tiene en su fuerza, un porte en el que se revelan seguridad en sí mismo, decisión, serenidad, factores que, como es sabido, actúan en la sociedad y en la comunidad

<sup>9</sup> PLUTARCO: *Vidas de grandes hombres y Vidas paralelas*.

humanas de un modo extraordinariamente sugestivo y avasallador y constituyen el verdadero punto de cristalización de un auténtico caudillaje. En efecto, «solamente si tenéis confianza en vos mismo, confiarán en vos las almas ajenas», según frase de Mefistófeles en *Fausto*, de Goethe (primera parte). Creado este señorío de sí propio, se extiende a los demás, con lo que se echan las bases del prestigio.

Uno de los más importantes factores del prestigio es siempre el buen éxito. El hombre que triunfa y la idea que se impone caen por el solo hecho de ser discutidos. El prestigio desaparece siempre en cuanto asoma el fracaso. El héroe, que antaño aclamaba la multitud, será escupido por ella mañana si la suerte le fuera adversa. La «decadencia de los prestigios» es un capítulo necesario de casi todas las biografías, aun de los hombres más conspicuos, y el «ocaso de la púrpura» lo encontramos en todos los imperios. Claro ejemplo de la solicitud de los grandes hombres por conservar su prestigio lo encontramos en el músico José Verdi. Empezaba su tercer período de compositor. A mediados del año 1870 emprendía la composición de *Aida*, justamente cuando se iniciaba la revolución llevada al arte escénico por Ricardo Wagner, que amenazaba a todos los grandes músicos de la época. Verdi, en vez de desconocer la realidad o gimotear su próximo ocaso, percibió claramente la trascendencia, la necesidad y la verdad de la reforma, y, seleccionando de ella cuanto podía y debía acoger, continuó *Aida*, ya bajo el nuevo signo: Verdi continuaba su ascensión, que culminaría, dieciséis años después, en *Otelo* y *Falstaff*, las dos obras cimeras del teatro lírico contemporáneo.

Porque el prestigio casi siempre es aleatorio, movedizo y cauduco, está muy cerca de la caña agitada aun por la mortecina corriente y el más ligero cierzo. Hay en el Evangelio de San Lucas (7, 24-27) una perícopa que confirma esta aseveración. Quien la hace es el Divino Maestro. «Y cuando se marcharon los enviados de Juan el Bautista, comenzó Jesús a hablar sobre Juan a las turbas: "¿Qué salisteis a contemplar en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? Entonces, ¿qué habéis ido a ver? ¿A un hombre vestido de telas delicadas? Pero los que andan con vestidos espléndidos y lujosos están en los palacios. Entonces, ¿qué habéis ido a ver? ¿A un profeta? Ciertamente os digo que a uno más que profeta. Este es de quien está escrito: He aquí que envío a mi ángel delante de ti, el cual preparará tu camino."» Juan el Bautista tenía inmenso prestigio en Judea, pero podía ser la caña agitada, el exterior ropaje cortesano o la ver-

dadera autoridad moral. ¡Tan cerca están! Bautista goza de prestigio delante de las multitudes y delante de la historia; es más que profeta: es el enviado del Altísimo.

Como Juan el Bautista, muchos conductores, maestros, educadores (pensemos en Menéndez y Pelayo, Cajal, Manjón) poseyeron no sólo el viento del halago multitudinario, sino, además, un bien logrado prestigio, aun entre los selectos, y se cuidaron de él con verdadero mimo. Difícil de adquirir..., facilísimo de derrumbarse. Calderón de la Barca lo comparó a las rosas que fueron «pompa y alegría» al despertar el albor de la mañana, y a la tarde son lástima vana «durmiendo en brazos de la noche fría». Recordemos asimismo la poesía de Rojas a la «pura, encendida rosa», que nace llena de alegría, sabiendo que la vida que le da el cielo es apenas un breve día.

\* \* \*

Con ser el prestigio tan deleznable, no es tan baladí como la moda, con la que se suele compararle. El prestigio es más que el oropel y menos que el oro; la moda es siempre trapo, caducidad y postizo.

El prestigio puede ser autoridad moral, superioridad, preeminencia, que se impone; la moda también se impone, mas comienza y termina siempre por las dos cosas que más aborrece: la singularidad y la vulgaridad.

El prestigio es signo de jefatura y aristocracia; la moda, de volubilidad y carencia de personalidad.

El prestigio, cuando no es fruto de una sociedad de socorros mutuos o del azar, antes bien ganado, atrae y conquista a toda clase de gentes; también a los sensatos, a los sabios, a los santos. Por el contrario, las personas insignificantes siguen la moda, las presuntuosas la exageran, las de buen gusto pactan con ella.

Muchas veces el espejismo del prestigio ha suscitado deseos generosos, que se llaman «vocación».

Muchos hemos visto la película española *Los elegidos*, realizada por Tulio Demicheli, sobre un guión original de Pedro Mario Herrero. Es un documento en vivo y con una tensa trama argumental, quizá con algún toque melodramático innecesario, de la áspera vida de toda esa pléyade de jóvenes que, atraídos la mayoría de las veces por los fastos del bienestar y la gloria de los matadores de toros que triunfan, quieren ser sus émulos en fortuna y se lanzan a las capeas y a las corridas de feria de los

más humildes pueblos, donde casi todos, salvo los de excepcionales dotes y enorme suerte, conocen el fracaso, las graves heridas y también frecuentemente la muerte. La fortuna no se regala, se vende a trueque de muchos sacrificios.

El ensueño de una atmósfera brillante de exterior complacencia, de bienestar, que se conquista con el esfuerzo y le sirve de compensación transitoria; el sentir en la frente, después del éxito resonante, la caricia efímera y lánguida de la gloria; el ruido y el color de fuera, con ser historia tan sabida su amargo contenido, siempre en agraz, es, sin embargo, lo que atrae a los jóvenes en el momento de escoger determinada ruta vocacional. «Ser militar es para el joven desfilar en la parada con un gran uniforme y, con un solo gesto, mandar. Ser ingeniero es recibir la gloria oficial y los aplausos de la multitud en ese día solemne—que vemos en los grabados—en que se abren las esclusas del gran istmo que une dos mares. Ser médico es recorrer la ciudad en automóvil confortable, recogiendo en cada casa, con el pingüe emolumento, la gratitud del ser que ha sido arrancado de la muerte. Ser pintor es ver el cuadro inmortal, en la revista y en el grabado, como un tema nacional. Ser maestro es recibir el día del jubileo el amor de cientos y cientos de discípulos que son ya los rectores de la nueva generación. Ser santo es ver a Dios cara a cara, en un éxtasis maravilloso, o ascender directamente al cielo, sostenido por ángeles, desde el lugar del suplicio.»

En estos y parejos casos son los grandes fastos, los objetos de indiscutible capacidad de atracción, el brillo y el aplauso, los que determinan la marcha en un sentido. En otros muchos casos serán los nimios pormenores, los pequeños incidentes, tan diminutos y exigüos que pasan por la propia conciencia casi inadvertidos. «Un abogado famoso y muy inteligente me dijo una vez—habla Marañón—que su decisión de seguir la carrera de las leyes se inició en plena niñez, y sin ninguna otra razón, familiar o de otro orden, que la empujara, porque en su casa vivía un magistrado importante, cuya toga y birrete conducía, en el saco raso rojo, un criadillo que, en la escalera, mostraba al niño el vistoso ropón. Y el oscuro deseo de poseer algún día una vestimenta igual fue el núcleo de su vocación, en este caso, por dicha, verdad»<sup>10</sup>.

\* \* \*

Gocemos de un bien trabajado prestigio, no del facilón golpe de viento. Que «nuestro prestigio no sea mayor que nuestros mé-

<sup>10</sup> *Vocación y Ética.*

ritos», como deseaba Rabindranath Tagore. Nada de socorros mutuos, aunque sí mucho apoyo fraternal. Recordaré aquí un episodio que cuenta Mesonero Romanos, cronista que fue de Madrid. Dice que había en la Corte una «Sociedad de Socorros Mutuos y Alabanzas *ad invicem*», cuyos miembros se reunían para mutuo-alabarse. Cada cual pasaba delante de cada otro llevando en la diestra un turíbulo, y mientras le incensaba decía cadenciosamente:

*Hoy por ti, mañana por mí;  
Solos nosotros valemos aquí.  
Incensémonos, incensémonos,  
Porque es justo que nos incensémonos.*

Hoy, además de las sociedades de socorros mutuos, existe la publicidad y la propaganda, que dan o quitan prestigio a una actriz, a un dentrífico, a un torero, a un transistor, a un poeta; arbitrariamente, los ponen de moda o los arrinconan definitivamente <sup>11</sup>.

\* \* \*

Es justo acabar. Seamos estrella y calor, valor, estima y respeto. Si no brillamos con el débil llamar del fulgor, no nos amilanemos si hemos cumplido el deber que siempre viste de negro.

La poetisa uruguaya Delmira Agustini dejó este pensamiento, que yo elevo al orden del espíritu:

*Yo muero extrañamente. No me mata la Vida,  
no me mata la Muerte. No me mata el Amor.  
Muero de un pensamiento mudo como una herida.  
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor*

<sup>11</sup> Hoy en día se habla y escribe mucho del prestigio, como presea necesaria del jefe (leader, conductor, director...) en sus múltiples aspectos: político, económico, social, educativo, empresarial, etc., aunque no se precisan con exactitud su definición y contornos. Pueden verse, entre otros, A. CARRARD: *El jefe: su función y su tarea*, 2.ª ed. (Barcelona, 1961); J. VICÉNS CARRÍO: *La dirección del personal* (Barcelona, año 1963); PIERRE LAMY: *La misión del jefe* (Barcelona, 1963) y *Cómo ser un buen director de empresa* (Barcelona, 1963). Para tener una idea del jefe desde el punto de vista psico-educativo, cfr. A. GARMENDIA DE OTAOLA: «Preparamos jefes», en *Razón y Fe*, 123, 41-48 (Madrid, 1941). con la bibliografía allí citada.

*de un pensamiento inmenso que se arraiga en la Vida,  
devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?  
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida  
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?*

Esa estrella caliente y amorosa, aunque sin brillo, es el servicio. Servicio y valer. Valer más... para servir mejor.

*Ser en la montaña un eco  
para el silbo del pastor.  
Ser tierra para la lluvia.  
¡Ser amor para el amor!*

DR. A. GARMENDIA DE OTAOLA, S. J.